

En las elecciones generales del 4 de julio los conservadores sufrieron un revés histórico mientras que el laborismo conquistó la mayoría de los escaños. La izquierda, inspirada por Jeremy Corbyn, desafió a los dos partidos tradicionales y logró pequeños pero significativos triunfos.

Victoria gris del neoblairismo

En el Reino Unido, ¿prevalece la moderación?

por Oliver Eagleton*



Keir Starmer en la apertura de los Juegos Olímpicos, París, 26-7-2024 (The Yomiuri Shimbun/AFP)

Derrotadas las fuerzas de desestabilización, confirmada la supremacía del centrismo: las elecciones generales británicas del 4 de julio cumplieron los deseos del *establishment*. Tras un largo reinado salpicado por escándalos de corrupción y por convulsiones económicas (2010-2024), el Partido Conservador sufrió el peor revés de su historia cosechando apenas 121 bancas sobre las 650 a cubrir en la Cámara de los Comunes. Reform UK, la formación de derecha radical conducida por Nigel Farage, no consiguió más que 5; el Partido Nacional Escocés pasó de 48 a 9. El triunfo fue para el Partido Laborista, bajo la nueva dirección de Keir Starmer, con 411 diputados elegidos y con un programa de disciplina fiscal, de defensa del libre mercado y de lealtad atlantista.

No obstante, las elecciones registraron la participación más baja –60%– desde el 2001. Con el 34% de los votos emitidos, el Laborismo no reunió más que a 9,7 millones de votantes, es decir, menos que en el 2017 (12,9 millones) y en el 2019 (10,3 millones), cuando estaba dirigido por el socialista Jeremy Corbyn. Su estrategia de presentarse como el nuevo partido conservador con el fin de atraer a los seguidores del viejo conservadurismo no funcionó. Solamente una ínfima proporción de los votantes *tories* dio un vuelco; muchos más son los que prefirieron abstenerse o votar a Reform, que recogió 4 millones de votos. En realidad, Starmer debe su triunfo por defecto a los perversos efectos de la votación uninominal mayoritaria de una sola vuelta.

Por lo demás, a pesar de los esfuerzos bipartidistas para borrar su legado, Corbyn sigue siendo una referencia central

para la izquierda británica. Impedido de participar bajo los colores laboristas, se presentó como independiente en su circunscripción del norte de Londres y allí aplastó al candidato de Starmer. Otros 4 independientes posicionados a la izquierda del Partido Laborista fueron elegidos tras haber puesto el eje de su campaña en la denuncia del genocidio en curso en Gaza. Por su lado, el Partido Verde, que promueve un crecimiento de las inversiones ecológicas y una renacionalización de los servicios públicos, envió 4 parlamentarios a Westminster y cosechó un poco menos de 2 millones de votos, lo que representa una sangría significativa sobre el voto laborista a nivel nacional.

Estos resultados, inéditos en un sistema concebido para asegurar la dominación de los dos principales partidos, permiten augurar una posible reconfiguración del panorama político. El La-

borismo, purgado incluso de las opiniones socialdemócratas más moderadas, espera arrebatarse a los *tories* el título de primer representante del capital en Gran Bretaña. Los laboristas prevén reducir los gastos públicos, maximizando al mismo tiempo los beneficios de las empresas en salud y vivienda. Las grandes políticas ambientales fueron desechadas, al igual que el aumento de los impuestos sobre los ricos y las empresas. En la escena internacional, según promete el nuevo primer ministro, la sacrosanta “relación especial” con Estados Unidos será mimada; y, sin por ello reconsiderar el Brexit, los vínculos con la Unión Europea (UE) serán fortalecidos.

El frente antiinmigración

Si los laboristas logran consolidar su imagen de fuerza de gobierno tranquilizadora, es probable que la retórica de los conservadores esté dominada en los próximos años por las amenazas civilizatorias que representarían el “wokismo”, la “ideología de género” y la inmigración. Para no ser superados en estas cuestiones, los principales *tories* están considerando una alianza con el Reformismo. Juntos, ambos partidos consiguieron el 38% de los votos durante las últimas elecciones, es decir, cuatro puntos más que los laboristas –con lo cual se podría crear un poderoso frente antiinmigración de cara a las elecciones de 2029 y arrastrar el discurso político nacional aun más a la derecha—. Aunque algo reticente a privar al país de una mano de obra extranjera a bajo costo, crucial para su economía, Starmer está más o menos en sintonía. La introducción de una nueva unidad de control de las fronteras y el compromiso asumido de intensificar los arrestos y las expulsiones de inmigrantes, estableciendo al mismo tiempo un vínculo entre inmigración, criminalidad y faltas de civismo, son prueba de ello.

Ya vemos claramente lo que tales propósitos pueden generar. En la pequeña ciudad balnearia de Southport, de luto desde el 29 de julio por un ataque mortal con cuchillo contra unos niños, estallaron revueltas racistas basadas en rumores de internet que alegaban que el asesino era un inmigrante musulmán. El país se incendió muy rápidamente. En Rotherham, un hotel que servía de centro de alojamiento para solicitantes de asilo fue el blanco de un incendio criminal. En otras partes, algunos individuos atacaron mezquitas. La respuesta de Starmer, autoritaria, consistió en anunciar un plan de lucha contra los desórdenes violentos, que prevé particularmente extender el uso del reconocimiento facial por parte de la policía.

En ese contexto cada vez más sombrío, también asistimos a contramanifestaciones antirracistas a gran escala. Como lo demostraron los recientes triunfos electorales de los Verdes y de los independientes, aunque modestos y limitados a una escala local, la izquierda parece capaz de combatir esta tendencia reaccionaria. Si bien acumuló menos votos que la extrema derecha, envió en cambio más diputados a Westminster y a otras decenas de circunscripciones bajo su mira. Entre laboristas que se creen conservadores y *tories* que miran con ganas del lado de Reform, podría suceder que una corriente disidente tenga su lugar. ¿A qué coyuntura política deberá adaptarse?

Un interludio conservador

La situación actual procede en gran parte de dos acontecimientos ocurri-

dos en el 2015: el ascenso de Corbyn a la dirección del Partido Laborista, que ofreció al país una alternativa populista de izquierda; y la decisión del primer ministro David Cameron de organizar un referéndum sobre la pertenencia a la Unión Europea, el cual resultó el año siguiente en un voto masivo a favor de la retirada. Estas circunstancias ampliaron el campo de lo posible: el corbynismo se negó a la fatalidad detrás de la cual se refugiaban todos los gobiernos desde Margaret Thatcher, proponiendo una verdadera autonomía con respecto a Washington y la transformación económica por medio de un "Green New Deal"; la promesa de devolverle soberanía al Reino Unido, implique lo que implique, atrae a amplios sectores de una clase obrera sorda a las advertencias catastrofistas de políticos, empresarios y reconocidos comentaristas mediáticos.

Para responder al fuego alimentado por los ataques provenientes de las más poderosas instituciones del país, el corbynismo tuvo que captar en su provecho el descontento popular hacia el *establishment*, es decir, posicionarse del lado correcto de la polarización masas-élites. Esta grieta, abierta por el Brexit, no dejó de ampliarse a medida que los partidarios de la permanencia buscaban hacer un recuento de los resultados del referéndum. Declarando respetar la decisión del pueblo británico, Corbyn tuvo entonces la posibilidad de presentar el voto pro-Brexit como una oportunidad para terminar con los tratados ordoliberales, las inhumanas políticas migratorias y las carencias democráticas de la Unión, estableciendo su programa de transformación como alternativa frente a los innumerables defensores del statu quo –los grandes capitales, los torios, el ala derecha del Laborismo, los medios de comunicación tradicionales y el propio Estado–.

Pero a la dirección del Partido Laborista le faltaba valentía. Y, por el contrario, para no provocar deserciones en serie, decidió apaciguar a su facción anti-Brexit comprometiéndose a organizar un nuevo referéndum que podría revertir la votación del 2016. Corbyn, incómodo, se ponía tenso y evasivo en las entrevistas. Su combatividad de antaño se había desvanecido. Y fue Boris Johnson, devenido primer ministro en el verano boreal del 2019, quien se arrogó el monopolio de esta energía populista que aquel ya no lograba transmitir.

A la cabeza de un Partido Conservador redefinido como el partido del pue-

blo, Johnson denunció a todos aquellos que buscaban obstaculizar la voluntad popular: la oposición oficial, la hidra de Bruselas, los tribunales tendenciosos e incluso algunos diputados de su propio bando. Para vencer esas resistencias, afirmaba, habría que llamar a los británicos a las urnas y ponerlos frente a una decisión simple: o votaban por él, y la salida de la Unión Europea se convertiría en realidad; o elegían a Corbyn, con

Sunak y Starmer se definen por contraste con sus predecesores, a quienes describen como peligrosos ideólogos.

el riesgo de que el Brexit sea reconsiderado. Por más que en las elecciones generales de diciembre del 2019 el Laborismo cosechó más votos que en el 2005 y en el 2010, la marejada conservadora ganó. Consiguió para los *torios* una ventaja de 80 bancas sobre todos los demás partidos juntos.

Llegado a Downing Street 10, Johnson se esforzó por mantener viva la ola contestataria sobre la cual supo surfear durante la campaña del Brexit. Dado que el entusiasmo por la salida de la UE se explicaba por las desigualdades geográficas –el Sur poblado por ricos rentistas, el Norte devastado por la caída de la industria–, Johnson prometió corregirlas, no por la redistribución, sino "pasando al nivel superior" (*levelling up*). Debía tratarse de ayudar a las regiones damnificadas sin frenar a las más favorecidas. Se hablaba entonces de grandes obras de infraestructura, de planes de reactivación...

Mucho ruido y pocas nueces. Tras años de austeridad, los 809 millones de libras esterlinas (poco más de mil millones de dólares) asignados a las colectividades locales en el marco del Levelling Up Fund no fueron suficientes para generar una diferencia. La prensa conservadora soltó a una administración a la cual le reprochaba dar la espalda a su

misión populista. Tras una serie de revelaciones, particularmente sobre las fiestas organizadas en pleno confinamiento o sobre el dudoso financiamiento de los trabajos de renovación de su vivienda en Downing Street, Johnson renunció en julio del 2022.

Los conservadores estaban entonces en una encrucijada. O bien retomaban el encendido discurso que les había hecho triunfar durante las elecciones anteriores, o bien se volcaban hacia una gestión más austera, capaz de tranquilizar a su electorado tradicional. La primera opción fue la que prevaleció. En septiembre, Liz Truss asumió la cabeza del gobierno. Para recuperar el crecimiento, anunció masivas reducciones de impuestos a favor de los más ricos y una drástica flexibilización de las reglas de urbanismo. Pero los mercados castigaron su amateurismo económico. Los precios de los bonos se desplomaron. El 20 de octubre, sólo cuarenta y cinco días después de asumir el cargo, Truss dimitió.

Le correspondió a Rishi Sunak, su sucesor, devolver la confianza a los conservadores. El nuevo primer ministro no pretendía atenuar las desigualdades ni trabajar por ningún renacimiento nacional lanzando grandes proyectos. Su ambición se limitaba a restablecer la confianza en el Ejecutivo apostando a la prudencia fiscal y a la buena gobernanza. Sin embargo, las políticas de shock al estilo Johnson, consideradas útiles para generar líneas de clivaje y movilizar a los fieles del partido, no desaparecieron –por ejemplo, las encontramos en las restricciones al derecho de huelga o en la decisión de expulsar a los solicitantes de asilo hacia Ruanda–. No obstante, el corazón de la estrategia consistió en presentar a Sunak como sabio gestor que sabría apartar el caos.

Los representantes de la ética

A este respecto, Sunak y Starmer parecen en cierto modo las dos caras de una misma moneda. Ambos se definen por contraste con sus predecesores, a quienes describen como peligrosos ideólogos. Ambos intentan cerrar la era de turbulencias abierta en el 2015 relegitimando el orden establecido. Ambos dicen simbolizar el regreso de la ética a la cúspide del Estado. Pero en el caso del líder conservador la fachada no tardó en resquebrajarse. Las regiones privilegiadas partidarias de los *torios* desviaron las inversiones públicas. Las revelaciones sobre malversaciones aumentaron. Así, nadie se sorprendió al enterarse, a

fin de junio de 2024, que varios *torios* del entorno de Sunak habían apostado ilegalmente sobre la fecha de las elecciones explotando información confidencial de la cual disponían...

Por el momento, Starmer no sacó provecho de los tabloides. Su personaje de insípido burócrata le resultó bastante bien a la cabeza del Laborismo: pudo mantenerse lejos de los proyectores mientras el gobierno conservador implosionaba, y luego entrar a Downing Street. Pero hace falta más que eso para ganar los corazones. Porque, más allá de sus travesuras, razones puramente materiales explican la desaprobación de los conservadores. Desde el 2008, al crecimiento anual promedio del producto bruto interno (PBI) le cuesta superar el 0,25%. Durante el mismo período, la disminución de los ingresos reales menoscabó el poder adquisitivo, un poco más erosionado estos últimos años por la inflación y el aumento de las tasas de interés. La productividad padece una desaceleración casi sin precedentes (1). Décadas de subcontratación y de subfinanciamiento deterioraron a los servicios públicos. Algunos cuidados médicos esenciales resultan difíciles de obtener. Incluso sin mencionar la saturación de las prisiones o el vertido de aguas residuales en los ríos por parte de compañías de distribución ávidas de ganancias.

Queda por ver si la izquierda puede, con ánimo de insurrección, hacer frente al espejismo de la política de estabilidad del actual gobierno. Hay conversaciones en curso para crear un protopartido que agruparía a los movimientos sociales existentes con vistas a disputar las futuras elecciones, tal vez en el marco de un pacto verde-rojo. ¿Lograría adquirir suficiente peso en el Parlamento como para democratizar el tan arcaico modo de votación de Westminster? En este momento, todavía no es más que una perspectiva lejana, pero su simple mención demuestra un sorprendente rechazo del proyecto y de los métodos de Starmer, que sofocan cualquier pretensión de repensar a la sociedad. Por su propia vacuidad, la victoria electoral laborista prueba que la esperanza no está muerta. ■

1. Nicholas Crafts y Terence C. Mills, "Is the UK's productivity slowdown unprecedented?", *National Institute Economic Review*, 6 de febrero de 2020, www.niesr.ac.uk

*Redactor en la *New Left Review* y autor de *The Starmer Project* (Verso, Londres, 2022). Traducción: Micaela Houston

COLECCIÓN COMUNICACIÓN & LENGUAJES

Las transformaciones de los medios, de la tecnología y de los discursos, y su impacto en la sociedad.

- ediciones.ampersand
- edicionesampersand
- ✕ Ampersand_ed

Ampersand

